

Notas y documentos

HOMENAJE AL MAESTRO

Discurso pronunciado por don Enrique Molina el 11 de septiembre en el Teatro de la Universidad, en el acto organizado al respecto por la I. Municipalidad de Concepción.

He recibido del señor alcalde de Concepción el honroso encargo de hacer uso de la palabra en este solemne acto de homenaje a los maestros, que ha organizado la Ilustre Municipalidad, homenaje en que destacan en primer término los dos nombres de los que han sido designados como los mejores maestros, la señora Mercedes Muñoz y el señor Osvaldo Hinojosa. Y me complazco en cumplir este encargo como quien lleva a cabo una acción que procura íntimo regocijo a su alma.

Por el sentido de este acto y los conceptos y sentimientos que animan a sus organizadores, el homenaje que se realiza alcanza un poco a todos los educadores de Chile, en especial, fuera en primer lugar de los primarios, a los secundarios que, junto con aquéllos, tienen la comunidad de funciones de corresponderles la formación general de los niños y de los jóvenes.

La Ilustre Municipalidad de nuestra ciudad permanece fiel a su noble tradición de protectora y fomentadora de la cultura. Continuamente la vemos discerniendo honores y distinciones para aplau-

dir y estimular a escritores, poetas, pintores y artista en general. No se concibe la cultura por supuesto sin ciertas condiciones externas de bienestar y grata convivencia; pero, en lo esencial la cultura de un país, de una ciudad, supone ante todo una reunión de almas bien inspiradas que ponen sus sentimientos y sus fuerzas creadoras al servicio de lo bueno, de lo bello, de lo justo y de lo verdadero. El alma humana no viciada por anormalidades es como un jardín que debe ser cultivado con riego, aire y luz de estímulos y buen ambiente para que dé sus frutos. Si se le descuida, su interior se llena de malezas que son sobre todo plantas amargas. A estimular ese buen cultivo espiritual tiende nuestra municipalidad con laudables actos como el que en estos momentos nos reúne en esta sala. Ahora se trata de honrar a un grupo de servidores de la nación.

Las glorias del ejército se conmemoran en el aniversario del combate de la Concepción; las de la marina el 21 de mayo. Asimismo merece momentos de concentración el si bien menos brillante y resonante no menos auténtico heroísmo de todos los días de los maestros.

Actos como el presente significan una suspensión del ajetreo de la vida cotidiana para detenerse a rendir pleitesía a los valores del espíritu.

El maestro renuncia a las superficialidades y frivolidades mundanas para entregarse a algo fundamental en servicio de la sociedad. Por esto, por las renunciaciones, privaciones y sacrificios que es menester afrontar, es imposible sin vocación ser maestro de verdad. Se engañan a sí mismos y ponen con ello un germen de fracaso para su porvenir los que abrazan la carrera del magisterio halagados principalmente por la seguridad inmediata de un modesto estipendio para vivir.

La vocación es la dedicación con todas las potencias del alma a una actividad que se estima como un valor supremo.

En una fiesta cual la presente, de homenaje a los maestros, no corresponde detenerse en las deficiencias de nuestra educación primaria, que las tiene, y no pocas; pero sí es justo declarar que las

dos principales de tales fallas como el elevado analfabetismo y la escasez de locales para escuelas y las sórdidas condiciones de muchos de los que existen no son de la responsabilidad del magisterio. Sin embargo, en numerosas escuelas los maestros, con generosa resolución de extirpar el primero de los males apuntados, han formado centros de alfabetización.

Como es sabido, sobre 500,000 niños no reciben la instrucción más elemental por falta de escuelas. La proporción de nuestro analfabetismo es de 27 a 28 por ciento. No debemos consolar-nos con que esta proporción es mucho más elevada en todos los demás países hispanoamericanos, con la sola excepción de Argentina y Cuba que tienen menos analfabetos que nosotros.

La pobreza de los locales y de sus instalaciones suelen ser deplorables y el celo de los maestros y maestras para remediarla linda a veces en lo heroico. He visitado no hace mucho en una comuna de Santiago una escuela tan desmantelada que sus profesoras traían de sus casas sillas, mesas y cajones para que las pequeñas alumnas tuvieran donde sentarse y escribir. En otra, también manejada por mujeres, e igualmente en Santiago, se había obtenido del centro de padres que hicieran pintar las paredes y reparar las desvencijadas puertas y ventanas para que la pobre y querida escuelita se presentara decente y algo acicalada.

Los chilenos, fuera de los que no hacen nada, o, lo que es algo parecido, de los que se dedican a funciones inútiles o, lo que es peor, a actividades delictuosas —como ocurre por lo demás en todas partes del mundo—, nos ocupamos del salitre, del carbón, de los bosques, de la agricultura y de lo que podemos obtener de nuestro magnífico mar.

Los maestros no se preocupan directamente de esto sino de adiestrar los cerebros y las manos que han de llevar a cabo esos trabajos. Una primera consecuencia es que mientras los que laboran la tierra, las minas y el mar se enriquecen o pueden enriquecerse, el destino de los maestros es permanecer siempre pobres.

Los maestros cultivan el alma y el carácter de los niños, que son la sustancia del porvenir y su mejor esperanza.

Los niños forman la parte más bella de la humanidad. Junto con ellos, sería inexcusable no decir otro tanto con entusiasmo de las mujeres. Con la diferencia de que la belleza de los niños es de una pureza inmaculada y la de las mujeres suele traer consigo filtros de enloquecimiento. Tal vez la vida, esta divinidad misteriosa, proteica e indescifrable, portadora del bien y del mal, del placer y el dolor, del infortunio y la dicha, lo ha dispuesto así en su inmensa sabiduría, precisamente para que haya niños. Y estas ondas en que se entrecruzan la belleza pura y el frenesí del corazón forman las rondas del amor que es lo mejor que se ofrece al hombre en su deambulación por la tierra.

Pero también son objeto de amor los valores del espíritu y sin el tributo de amor que presta calor al concepto, no serían valores. Ya los hemos nombrado. Se ama el bien, la verdad, la belleza, la justicia y la libertad, condición esencial del funcionamiento de la mente humana.

La patria, este trozo del planeta en que vivimos y que dentro de sus condiciones y variedades geográficas encontramos especialmente bello y amamos hasta producirnos en ocasiones la angustia que llamamos nostalgia, es ante todo una condensación de los enfoques estimativos que hemos mencionado, es un tesoro espiritual de tradiciones, de luchas, de heroísmos, de dolores y tribulaciones encaminadas a darle a la vida en ella las condiciones que consideramos ideales propios de la existencia humana.

Los hombres de derecho y los legisladores se empeñan en mejorar las instituciones de la patria, los escritores escriben para ella, los artistas se inspiran en ella y depositan en sus aras sus obras de belleza, los maestros enseñan por y para la patria; pero esto no quita que tales obras y creaciones no deben ser limitadas por un estrecho sentido localista y menos de agresivo nacionalismo sino que al contrario, movidas por un impulso de trascendencia, puedan lle-

var y lleven al resto del mundo el nombre y la esencia de la patria en un afán de solidaridad humana.

En el proceso histórico sobresalen de la masa algunos nombres de individualidades próceres o nimbados de gloria; pero esas individualidades no serían posibles si no encontraran el cimiento de una masa popular sólida formada por las condiciones del país, del clima y de la raza y la elaboración y los toques dados por los maestros que la educan. Esta importancia del proceso educativo de las masas es sobre todo primordial en una colectividad democrática, como la que forma el pueblo chileno. Muchas son aún sus máculas y empeñados estamos en corregirlas. Tanto en la existencia de la democracia como en el perfeccionamiento de ella corresponde a los maestros una acción decisiva.

A propósito de la fe democrática que acabamos de exteriorizar, ¿no os ha parecido a veces, señoras y señores, en los últimos tiempos, que la patria fuera como un ser enfermo, como un ser que experimentara dolores, calambres y convulsiones en todas las partes de su organismo? Las masas populares, y aun muchas que no son populares, como casi en todos los países, por lo demás, no se hallan conformes con su situación y se agitan incesantemente. Muchas reivindicaciones serán justas por cierto; pero con tantas peticiones de reajustes vivimos en un reajuste perpetuo que toma por lo mismo un aspecto de desbarajuste. Una de las principales víctimas de este orden o desorden de cosas es el Estado, de la situación de cuyas finanzas más vale no hablar y no correspondería tampoco hacerlo en esta ocasión. Otro síntoma del estado enfermizo es la carestía de la vida. Los médicos, digamos los políticos, economistas y financistas, se agrupan solícitos alrededor del enfermo, pero les ocurre lo que suele acontecerles a los facultativos del cuerpo humano: que están muy de acuerdo en el diagnóstico y no aciertan o no encuentran el remedio para poner fin al mal. No voy a recomendarles el remedio indicado por algún partido político determinado ni menos la formación de un nuevo partido que posea la panacea del caso. Mi remedio podrá parecer quimérico y propio de

un soñador. Sin embargo, no es tan quimérico. ¡Es de la especie del que han puesto en práctica para sobreponerse a sus abrumadoras dificultades, después de las espantosas guerras que han sufrido, Inglaterra, Italia, España y en parte también Alemania. Es de orden espiritual y de ejercicio de la voluntad. Tenemos avanzadas leyes de protección y previsión social. Pero no hay leyes de este género que puedan librarnos de la ley suprema de la vida, de la ley del trabajo intenso y honrado.

El justo homenaje al profesorado por lo que ha sido y lo que es, se va convirtiendo en un homenaje por lo que puede ser. Es el paso de la sólida y amarga realidad al vuelo de la fantasía. ¿Es algo más que fantasía lo que todavía no es? En siglos anteriores, fines de la Edad Media y principios de los tiempos modernos, los hombres se agrupaban en órdenes religioso-caballerescas para conseguir, unidos por votos comunes, sus grandes finalidades ideales. Juana de Arco, lo que ofrendó su vida en aras de su patria y de las visiones de su fe, fué por sí sola una especie de orden religioso-caballeresco o, más bien, arrastró a la nación entera en un movimiento semejante obedeciendo las voces divinas que le ordenaban salvar a la Francia. No acontece en nuestro tiempo oír voces divinas. O Dios se ha cansado de hablar directamente a los hombres o éstos se han vuelto sordos para oír los llamados de las grandes causas.

Sin embargo, me imagino al profesorado nacional, movido como en el fervor de una sola alma y arrastrando tras de sí a los espíritus sensibles, formar una nueva especie de orden religioso-caballeresco para salvar a la patria llevando en sus banderas el lema de "austeridad, propia disciplina y trabajo".

No traerá este movimiento con seguridad la salvación de las actuales dificultades financieras del Estado; pero sí es la única norma para su solución definitiva a la larga y es también la única norma para que el pueblo chileno realice, como entidad perenne, conducido por sus maestros, los destinos de progreso con que soñamos para nuestra patria.